

UNA PROLOGADA COMPLICIDAD

Abraham Rumsfeld

Ph. D. en Nuevas Estéticas

Debo confesar que hoy no entraña tanta dificultad juntar las plumas y esto quizá se deba a la gran acogida que han tenido los textos anteriores o porque en definitiva ya se considera un honor hacer parte de este grupo veterano de escritores que, como se dijo desde el libro inicial, está lejos de ser un grupo literario y se comporta más como una legión de amigos dados más a celebrar la vida o el acto literario en una reunión de café o de bar.

Noto en esta ocasión —me refiero a *Cuentos felinos 3*—, la inclusión de nuevos cultores para nada desconocidos en el contexto de la literatura de la región Caribe colombiana. A la línea base de autores con que iniciamos el proyecto, conformada por José Luis Garcés González (Córdoba), Guillermo Tedio (Atlántico), Clinton Ramírez y Adolfo Ariza

Navarro (Magdalena), se suman las plumas de autores veteranos como Ramón Molinares Sarmiento (*Un hombre destinado a mentir*), Guillermo Henríquez (*El cuadrado de Astromelias*), Ramón Illán Bacca (*Marcas en la ópera*). Martiniano Acosta (Atlántico) hace parte del grupo por segunda ocasión.

Esta vez se reduce el número de textos aportados por autor, para darle cabida a un número mayor de autores que inmerecidamente no han hecho parte de los tomos anteriores. Una omisión que, sin duda, quedaba por saldar, dada la calidad y el reconocimiento que han tenido sus obras literarias, tanto en el país como en el exterior. De Ramón Molinares se reconoce su larga trayectoria con novelas internacionalmente conocidas como *Exiliados en Lille* o *Un hombre destinado a mentir*. Del segundo, Ramón Illán Bacca, es reconocida su enorme capacidad literaria en cuentos como “Si no fuera por la Zona” o “Marihuana para Goering”. El otro autor, Guillermo Henríquez, sobresale por su extensa carrera en el ámbito teatral, lo que no significó un impedimento para incursionar feliz y reiteradamente en el género que nos ocupa.

Pero vayamos a los textos: en el primero de ellos, “Tormenta de ruidos”, del escritor Martiniano Acosta, unos esposos amantes del silencio piensan que la vida resultaría más fácil de llevar si las ciudades modernas dejaran de producir tanto ruido. Para ellos, el planeta no es más que un globo de ruidos que ensordece, perturba y alimenta el estrés. De modo que, un día, ante

el advenimiento de una tormenta de ruidos (ya antes han pasado otras), la pareja decide encadenarse a la reja de la terraza de su casa. Antes, cuando ha ocurrido una primera tormenta, contagiado por la alegría y algarabía de los demás, el marido ha sido arrastrado varias cuerdas más arriba de su casa. Ahora, temiendo lo peor, la pareja decide no correr el mismo riesgo. En otras terrazas, la gente que gusta del silencio no deja de rezar ni de solidarizarse. ¿Cuánto durará esta tormenta? ¿Podrán soportarla? Es la pregunta que se nota en los rostros de las personas. El desenlace sugiere una valiente claudicación a la que la narradora, la esposa, pareciera también ajustarse.

“El florero, el hombre triste y la máquina de escribir”, de Adolfo Ariza Navarro, constituye una astuta reflexión sobre el drama de los desplazados de la violencia en Colombia, especialmente en su región de origen, la costa Caribe. A un lector sagaz, enterado de los trucos narrativos de Ariza, la escogencia de un narrador lisiado le bastará para descubrir en el texto una hábil autoficción, ya que el autor, desplazado y escritor, en lugar de hablar de sí mismo, se encarga de transferirle esa tarea de espía al vecino inválido y vanidoso, flojo de lengua, que vive en la acera de enfrente. El desplazamiento resulta así, además de temático, técnico en tanto entrega a otro la mirada y la voz de una historia propia. Este texto confirma las genuinas preocupaciones del autor por las víctimas y los efectos menos visibles de la violencia paramilitar que azotó a

su país, abordada de manera sistemática y en un estilo veloz y certero en *Instrucciones para matar un caballo* (2019), libro de cuentos indispensable para entender algunas de las expresiones contemporáneas del eterno conflicto colombiano.

En “El príncipe de la baraja”, de Ramón Illán Bacca, una aristócrata nonagenaria, heredera de los años felices de la bonanza del banano, se cocina entre los escombros de una historia de amor, celos y venganza, mientras escucha viejos discos de música francesa. Para indagar en la intimidad de la historia, Ramón se vale del resentimiento de un pariente cercano de la anciana que vivió a su lado los años de juventud en Bruselas y en el París de la entreguerra, donde ella conoce al amor de su vida, un príncipe ruso venido a menos, algo despreciativo, que trabaja como portero de un hotel. El engaño sufrido, la decepción, la burla de parientes y del pequeño círculo provinciano que hizo vida europea, gravitan en la conciencia rencorosa de una anciana condenada a una vida de tiempo circular. El humor en este cuento clásico de Bacca enseña el poder de un género cuando se trata de sacar al sol la historia menos pública de una élite que se negó a aceptar que el tiempo la dejó tirada al voltear de una esquina.

El cuento “Conversan dos sombras en la oscuridad”, de José Luis Garcés González, ofrece de manera directa, sin mediación de ninguna voz externa, el feroz contrapunteo de dos sombras. Son las sombras

de dos hermanos gemelos a los que los une, además de la fatalidad de la sangre, sus mutuas antipatías. La puesta en escena es admirable, contundente. Los hermanos no se soportan, pero, a la vez, ninguno puede vivir sin el otro. Viven o sobreviven para insultarse. Ninguna tentativa les permitirá liberarse de un montaje superior a ellos que cargan como una cruz. ¿Una metáfora involuntaria, acaso, sobre la circular historia de odios y muertes que padece su país natal?

Ambientado en la oscuridad de una habitación, en un pueblo sin energía eléctrica y presa de un reciente huracán, esta historia lúcida y dura de Garcés González confirma en el monteriano una narrativa cruzada por implacables juicios y signada por criaturas insensibles al arrepentimiento, incapaces de sentir compasión por la misma sangre. Ellos representan, sin duda, a esas especies malditas, condenadas a verse una y otra vez multiplicadas en un espejo opaco pero eficiente en sus dictámenes. El cuento de Garcés es otro certero ajuste de cuentas con una sociedad de criaturas ciegas al cambio, expertas en señalar al otro.

El personaje del relato “Vereda tropical”, del cienaguero Guillermo Henríquez —un posible alter ego suyo—, regresa a la ciudad marina en la que estudiara el bachillerato. El regreso es en verdad un encuentro con una ciudad en donde el espíritu del pasado irrumpe como ramalazos nostálgicos de la brisa que barre las calles llenas de nuevos cuerpos y nuevas músicas. A partir de estos meros datos, el autor per-

fila un conflicto interno encargado de tensar la historia subyacente en el cuento. El recurso del teatro —el autor es un reconocido dramaturgo— garantiza con sus cambios de planos y sus diálogos la atmósfera ingravida del relato.

La melodía de una canción —una versión extranjera de Vereda tropical— escuchada en el taxi que lo lleva de vuelta al centro de la ciudad, luego de un fallido romance con una chica mala, activa en el personaje una fabulación nostálgica. Las chicas que él ve en el camellón no son, sin embargo, las jóvenes de una Santa Marta aristocrática que al compás de viejos boleros recorrían el paseo para la gracia de sus admiradores, escolares de un colegio vecino. Estas chicas nocturnas van a la caza de otros hombres, visten otras prendas y cantan de otra manera. La aparición de un viejo condiscípulo en el paseo, o en la imaginación del personaje, le confiere la nota alta al relato al intensificar el contraste de las dos épocas. Cyrano, amigo escolar y compañero suyo en la Bogotá de los sesenta, no solo le confirma la liquidación de un pasado compartido, sino que sirve para constatar que también ellos han cambiado y que, si bien el espacio pareciera el mismo, este ya no es el suyo y ha sido tomado por otras criaturas igual de reemplazables de un tiempo insensible a las contingencias humanas.

Huraño, sin experiencia en las artes amatorias, ajeno a los prolegómenos de la cópula, habituado a la soledad de los campos, a hablarles en voz alta a las

gallinas, a los cerdos, a las vacas que ordeña y al manso animal que lo lleva al rancho por la mañana y lo trae de vuelta al pueblo en la tarde, con el que además desfoga sus urgencias sexuales, Danilo Cruz, el protagonista de “Larga Espera”, el texto que nos presenta el escritor tomasino Ramón Molinares Sarmiento, no puede cumplir con sus obligaciones de varón en la primera noche de casado ni en las casi cien de intentos fallidos que le siguen. La anécdota dista de ser menor. Sus repercusiones son graves en una sociedad marcada históricamente por el poder social y sexual del hombre. Con indudable maestría, casi con ternura de doliente, Ramón Molinares nos conduce, con una nota de humor y emotivo suspenso, por las angustias de este hombre, dependiente de su madre. Otra exploración feroz y amable que devela las patas chuecas de una sociedad patriarcal y machista.

En “El papa”, Clinton Ramírez se vale de una curiosa visita papal para pasar revista a la indecisión de una joven mujer, anclada en una ciudad de la costa Caribe de Colombia. Para Anna, modelo de profesión, aquella actitud, propia de las muchas sectas de los evangélicos, resulta inaudita, mortificante. ¿Por qué llaman justo a su casa, teniendo a disposición todas las casas de la ciudad?, se pregunta Anna. Escogían, además, las horas en que ella más necesitaba dormir. Pegada a la ventana, con la respiración contenida, sobrevive al vértigo de una prolongada noche de tragos y cigarros mientras sigue el proceder de los visitantes,

altivos y pacientes. Podría ser una broma de sus amigos, si estuvieran en temporada de Carnaval, cuando la imaginación alcanza desbordamientos inimaginables. ¿Cómo leer la visita? El acompañante del papa, un cardenal de sienes plateadas y recta nariz, la atrae, le recuerda a un actor o varios actores de cine. Tiene veinticuatro años, goza de cierta independencia, pero de alguna forma sus actos están atados a la silenciosa opinión de su padre, que la visita de cuando en cuando para compartir una taza de café y dejarle algo de dinero. La ronda una idea, una especie de revelación en medio de la resaca y el sueño interrumpido. Quizá sea la hora de dar el salto, de levar anclas, de romper los lazos con la ciudad donde vive.

“A cierta edad, no es necesaria la muerte biológica, basta con la mente aturdida y vacía, y el olvido”, nos recuerda Guillermo Tedio en su texto “El rumor de la ceniza”, el más extenso de la selección. La idea es atroz y el autor la ataca y desmenuza con la tranquilidad de un viejo escultor que sabe que la paciencia es tan o más importante que los instrumento a la mano a la hora de radiografiar la vida interior y familiar de la anciana de su relato, afectada por la vejez, las enfermedades, la culpa y la desmemoria. Durante largas noches, dando vueltas en su cama, María Gertrudis Montes padece el horror al vacío, la incertidumbre de no saber quién es ni de reconocer el lugar dónde se encuentra e ignorar la razón por la que las personas que la rodean gobiernan su vida, sean hijos, nietos o

hermanos. Paso a paso, mientras los recuerdos llegan a la memoria de la anciana, las baterías de este veterano cuentista se enfilan a desenredar delante del lector la madeja de una historia saturada por la traición y la violencia, a la manera de las tragedias shakesperianas, algo normal en un autor que fue en sus años mozos un hombre de teatro. El cuento finalmente destapa sus últimas cartas. La anciana es víctima y victima-ria de las endémicas cegueras de los celos. No solo le cobró con su asesinato la infelicidad al esposo sino que, empleando la misma mano criminal a su servicio, lisió la vida de su hermana al hacerla rodar por las escaleras de la casa paterna. La memoria vuelve a ella, pero será tal vez la antesala definitiva del olvido y de la muerte. Este cuento de Tedio es una lectura profunda sobre las miserias del cuerpo y el alma de las aristocracias rurales de una región de privilegios y exclusiones sin términos.

El cuento en la región Caribe de Colombia es un género consolidado, siempre en alza. Es una tipología narrativa que les viene a la medida a autores que tradicionalmente le han echado mano para indagar con plenos poderes en los más intrincados caminos de su historia. Aunque pertenecientes a distintas generaciones, dueños de particulares obsesiones temáticas, a todos los hermana una poética que encuentra en el cuento un vehículo de reflexión sumamente dúctil.

Esta selección de *Cuentos felinos 3*, ampliada con el mayor de los cuidados, reitera en los autores una

concepción de la literatura en la que nunca faltan la complicidad, el humor y el juego.

Para mí será siempre un placer ocuparme de la literatura de una región que admiro, en cuyo porvenir creo y en la que me la paso tan bien como en mi natal Jackson.

Jackson, marzo de 2020